



la página de SERGIO VODANOVIC

Estimado amigo:

Me escribes diciéndome que te apasiona el teatro; que después de cada función a la que asistes sales mascullando tus impresiones y sientes la imperiosa necesidad de decirle al autor dónde falló, al director, la forma como habría podido sacar mejor provecho al texto, y a los actores, alentarlos en sus progresos o amonestarlos cuando la ocasión corresponde, por su incapacidad para darles vida escénica a los personajes. Me cuentas que en el café te reúnes con tus amigos y les analizas los espectáculos, señalándoles sus méritos y sus yerros. Pero que el café te ha quedado chico; que crees que algo puedes aportar al movimiento teatral, que

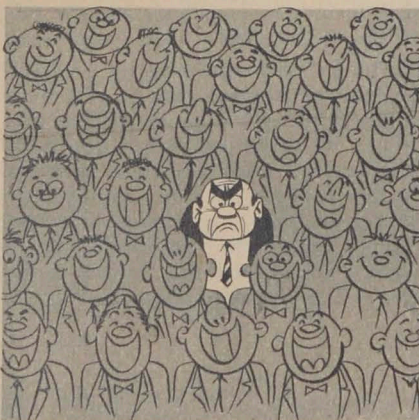
CARTA A UN ASPIRANTE A CRITICO

quieres ser crítico en diario, en revista, en radio o televisión. Pero quieres ser crítico. Y me pides un consejo.

PRINCIPIARE recordando una caricatura que una vez vi en una revista y que traduce en forma dramática la situación del crítico. Representaba una sala de teatro repleta, y la cara de los espectadores denotaba alegría, complacencia, y en primera fila, en medio de ellos, un señor malagestado y aburrido. Debajo de la caricatura se leía: "El crítico".

Y la verdad es que oficiar de crítico significa, en gran parte, perder la alegría de ver un espectáculo. Primero, porque se va a él por obligación; después, porque es im-

posible sumergirse en una representación y estar pensando, a la vez, qué se va a escribir sobre ella. Durante un año yo fui crítico de cine en una revista. Cuando me retiré estuve otro año sin ir al cine. Simplemente desintoxicándome. Porque el espectador que vio algo que no le gustó, simplemente lo olvida. El crítico no puede olvidarlo; también tiene que decirlo. Y cuando ve algo que le agrada, no puede irse a la casa con la satisfacción de haber pasado una grata velada. Debe tratar de descubrir por qué le gustó, hacer lo mismo que hace el niño con un juguete que le fascina y saber cómo opera. El resultado en uno u otro caso es siempre el mismo. Se destruye el juguete y el goce que él representó.



ESTA, además, el problema de las relaciones humanas. Si a ti, en este momento, como simple espectador, no te gusta lo hecho por un autor, un director o un actor a quien tú conoces, no corres a decirselo. Si te lo encuentras en la calle, dices que no has visto la obra o, a lo sumo, das una versión paliada de tu descontento. En cambio, el crítico debe decirlo, y no sólo a él, sino a todos sus lectores.

Yo, que he sido crítico teatral, sé la incómoda situación en que uno se encuentra cuando tras haber publicado el "palo" que a conciencia se ha dado, se encuentra en la calle, de improviso, con el criticado. Por muy honrado que uno haya sido en su juicio, la situación es del todo incómoda. Ahora, cuando en calidad de autor me en-

cuentro con un crítico al que no le haya gustado mi obra, soy yo el que me escurro, por evitarle al crítico el mal momento del encuentro.

PERO estos inconvenientes son mínimos comparados con el hecho de que se está criticando fríamente algo que los demás hacen con extremo amor. Hacer teatro en Chile es un acto de amor. Y el crítico, que lo sabe, debe hacer abstracción de este hecho y decir su pensamiento, que él, también lo sabe, puede estar equivocando, pero que es su honrada posición. Entonces viene la reacción del amor herido, de la vanidad que ha sido tocada. Y nunca nadie queda satisfecho con la crítica que recibe, por muy alabanciosa que ella sea. Todo elogio es mezquino, toda crítica es exagerada.

Además, te equivocas sobre la influencia que la crítica puede tener en el público. O no se lee o no se la sigue. Pero si la obra triunfa, los que la representan siempre dirán: "Triunfamos... a pesar de la crítica". Y si la obra fracasa, por cierto la culpa no es de ellos, sino de la mala crítica.

Te equivocas, igualmente, si crees que profesando de crítico estarás tú a salvo de crítica. Nadie más criticado que los críticos. Criticados por los artistas, criticados por el público que los lee y criticados... (¡los peores de todos!) por sus colegas. Todo crítico que se precie lee las críticas de los demás. Si no concuerdan con la de él, lógicamente es porque su colega es un infeliz; en cambio, si parece que están de acuerdo, es porque el muchacho está progresando de tanto leerlo a él.

EN resumen, mi consejo es que sigas en el café comentando con tus amigos las obras que ves y por ningún motivo pases a ser un crítico.

Si no sigues mi consejo, perderás tu amor hacia el teatro, perderás a tus amigos y cada cierto tiempo, cuando tu crítica aparezca, deberás andar por la calle mirando fijamente el suelo. Y a veces ni eso te salva de una bofetada dada por alguna actriz herida en su amor propio.